

Recensión

Pedro Pablo A. Funari y Andrés Zarankin (Compiladores). *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina (1960-1980)*. Editado por: Universidad Nacional de Catamarca y Encuentro Grupo Editor, Argentina, 2006, 186 pp.

MENESES PACHECO, LINO EDUARDO
GORDONES ROJAS, GLADYS
Museo Arqueológico
Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela

El libro *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina 1960-1980* (2006), compilado por Pedro Paulo A. Funari y Andrés Zarankin, aglutina en un solo volumen nueve trabajos realizados por colegas de Cuba, Venezuela, México, Colombia, Brasil, Uruguay y Argentina. El colega cubano Roberto Rodríguez Suárez, presenta el trabajo titulado: *Arqueología de una búsqueda; una búsqueda arqueológica. La historia del hallazgo de los restos del Che Guevara. Rayando tras los muros: Graffiti e imaginario político-simbólico en el cuartel San Carlos (Caracas-Venezuela)*, es el aporte que hacen a dicho libro el arqueólogo Rodrigo Navarrete y la arqueóloga Ana María López desde Venezuela. Patricia Fournier y José Martínez Herrera desde México titulan su contribución: *México 1968: entre las fanfarrias olímpicas, la represión gubernamental y el genocidio*. El colombiano Carl H. Langebaek nos hace llegar por medio de este libro su reflexión: *Arqueología e izquierda en Colombia*. Desde Brasil, Pedro Paulo Funari y Naci Viera de Oliveira escriben el trabajo: *Arqueología del conflicto en Brasil*. José Ma. López Mazz presenta

el trabajo titulado: *Una mirada arqueológica a la represión política en Uruguay (1971-1985)* y los argentinos Luis Fondeviller, Alejandro Haber y, Andrés Zarankin y Claudio Niro, nos escriben los trabajos: *Arqueología y Antropología forense: un breve balance; Tortura, verdad, represión arqueológica y La materialización del sadismo. Arqueología de la arquitectura de los centros clandestinos de detención de la dictadura militar argentina (1976-1983)*.

La obra en cuestión constituye, sin dudas, una contribución para comprender los aportes que pudieran hacer los arqueólogos y las arqueólogas para poner en evidencia la política genocida implementada por el Departamento de Estado de Los Estados Unidos de América en alianza con las oligarquías locales para contener el avance del “comunismo” en Latinoamérica.

Por lo general cuando se habla de la arqueología forense y/o de la represión política, las grandes mayorías en nuestros países la asocian con los acontecimientos sociopolíticos que condujeron a la violación de los derechos humanos y la desaparición física de hombres y mujeres, e inclusive niños y niñas, en Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil y Guatemala durante la época de las dictaduras militares desplegadas en Latinoamérica entre los años 70 y 90 del siglo XX. Sin embargo, la realidad histórica-concreta de México, Perú, Colombia y Venezuela, entre otros países, nos demuestran, como lo veremos más adelante, que igualmente en las democracias representativas burguesas de América Latina se dieron torturas y desapariciones forzadas de miles de seres humanos que no comulgaban ideológicamente con la oligarquía de estos países y los intereses estadounidenses en la región.

El libro tiene un planteamiento que para nosotros es medular y que hace visible en lo expuesto por Pedro Paulo Funari y Andrés Zarankin. Para los compiladores de la obra: “... el estudio de la represión no es un ejercicio neutro, un tema más para ser explotado ‘objetivamente’ por el científico, sino un compromiso políti-

co...” (Funari y Zarankin, 2006: 15). La importancia y la trascendencia de este postulado nos llevan a realizar la recensión de este texto, más aun cuando algunos de los trabajos incluidos en dicha obra entran, a nuestra manera de ver, en contradicción con el postulado inicial hecho por Funari y Zarankin (2006), veamos:

Los trabajos de Patricia Fournier y José Martínez Herrera, Carl H. Langebaek y Luis Fondebrider, por ejemplo, ponen de manifiesto que hoy en día trabajar la arqueología de la represión y de la desaparición forzada de seres humanos no solamente se hace por militancia política. Existe un alto contenido de academicismo que demuestra que el problema fundamental del compromiso político real pasa, por la urgente implicación de los arqueólogos y de las arqueólogas en un proceso investigativo que contribuya a poner sobre el tapete los orígenes de la violencia política y sus relaciones profundas con las contradicciones e injusticias sociales imperantes en nuestras sociedades.

El trabajo *México 1968: entre las fanfarrias olímpicas, la represión gubernamental y el genocidio* publicado en este libro por Patricia Fournier y José Martínez Herrera es trascendental por que vuelve a poner sobre el tapete la masacre de Tlatelolco, realizada por una democracia burguesa representativa y además porque pone de manifiesto el papel que pueden jugar los/as arqueólogos/as en el esclarecimiento de las desapariciones forzadas ejecutadas en dicha acción; sin embargo, tanto Fournier como Martínez, terminan planteando “... Que quedará pendiente determinar hasta qué punto los arqueólogos mexicanos estarán dispuestos a adquirir un compromiso para con la sociedad moderna y estudiar las masacres y asesinatos...” (Fournier y Martínez, 2006: 95).

Carl H. Langebaek nos demuestra con su trabajo *Arqueología e izquierda en Colombia* que su interés es estrictamente académico y quizás entraría en el campo de la resistencia que también es tema de este libro, pero más allá de esto, Langebaek nos presenta un trabajo que niega la historicidad y los orígenes

mismos de la violencia política y represiva de la oligarquía colombiana cuando nos dice que a Colombia: “..., se le conoce por su tradición civilista, ajena a los gobiernos militares...” (Langebaek, 2006: 103). Sobre Colombia abundan ejemplos históricos, sobre la política militarista de los gobiernos “civilistas” y abundan ejemplos, pasados y recientes sobre la represión y desaparición forzada de hombres y mujeres por parte del Estado colombiano. Podríamos mencionar, por ejemplo, la política sistemática de genocidio ejecutada contra los/as integrantes del partido Unión Patriótica en los años 80 del siglo XX y podríamos comentar aquí que en Colombia, muchísimos años antes que las dictaduras latinoamericanas, aupadas y apoyadas por el Departamento de Estado de los Estados Unidos de América, se ejecutó, a comienzos del siglo XX, la tristemente celebre “masacre de las bananeras”, acción ejecutada, en la población de Ciénega en el año de 1928, por el ejército colombiano en defensa de los intereses de la empresa estadounidense United Fruit Company, que conllevó a la muerte y desaparición de un número de personas aun por determinar.

Hoy la arqueología forense se ha institucionalizado, en consecuencia, en la mayoría de los casos, el compromiso político quedó en un segundo plano, se trata de ser un profesional bien formado en la tarea de desenterrar fosas comunes clandestinas y lugares donde se presume que hayan sido enterradas víctimas del terrorismo de Estado. Luis Fondebrider del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) lo deja aclaro en su *Breve balance sobre la antropología y la arqueología forense*, publicado en el libro: “No obstante los logros alcanzados en los últimos años, aún queda un largo camino por recorrer. Por ejemplo, si bien en Colombia y México ya hay algunos cursos de postgrado, aún no cuenta en América Latina con suficientes cursos de Arqueología y Antropología Forense, la gente debe irse a Estados Unidos o Inglaterra para completar su formación” (Fondebrider, 2006: 131).

En el caso de Venezuela vale la pena comentar aquí, más allá del trabajo de Navarrete y López sobre los graffitis del cuartel San Carlos de Caracas, los trabajos de arqueología forense que viene desarrollando en Venezuela el colega Pedro Pablo Linárez desde la *Cátedra de la Memoria de los años 60* en la Universidad Bolivariana de Venezuela.

A partir de la instauración en Venezuela de la democracia representativa a finales de los años 50 del siglo XX se inicia una larga lista de venezolanos y venezolanas que fueron torturados/as, asesinados/as y desaparecidos/as por oponerse política e ideológicamente a los gobiernos adecos que gobernaron al país a partir de 1959.

Dos de los más conocidos casos de los años 60 son el profesor universitario Alberto Lovera y del sociólogo y antropólogo Víctor Soto Roja. Al profesor Lovera fue secuestrado por la policía política, torturado, asesinado y lanzado al mar desde un helicóptero con cadenas, picos y candados para desaparecer el cadáver; sin embargo, el cuerpo de Lovera sin vida fue rescatado en estado de descomposición en las playas de Lecherías, estado Anzoátegui, por un pescador que halaba sus redes para obtener su sustento diario. Víctor Soto Rojas fue lanzado también desde otro helicóptero en las montañas del Bachiller, estado Miranda y aun en nuestros días no se ha conseguido su cuerpo, su madre Doña Rosa Rojas de Soto sigue reclamando justicia por la ausencia de su hijo y por los/as otros/as desaparecidos/as de la década de los sesenta.

El largo trabajo de Pedro Pablo Linárez de investigación histórica, recopilación de testimonios orales y de prospección arqueológica, ha permitido hasta la fecha resolver dos casos emblemáticos de la larga lista de ciudadanos y ciudadanas desaparecidos/as de la IV República que se encuentra publicada en la segunda edición del libro de José Vicente Rangel (2006).

Con la excavación arqueológica en la Montañas de Río Claro, estado Lara, se logró encontrar los restos mortales de Nico-

lás Sánchez, Panchito Fernández y Delfín González Arias, conocido en la lucha revolucionaria de los años 60 del siglo XX como el comandante Adrián Moncada, torturados, asesinados y desaparecidos, en el mes de abril de 1965, por un comando del ejército capitaneado por una tal teniente Veneno (1988).

El segundo caso es el del teniente del ejército venezolano pasado a las guerrillas Nicolás Hurtado Barrios, torturado, asesinado y desaparecido en las montañas Agua Dormida de Ospino, estado Portuguesa. Este caso es bien particular debido a que los testimonios de los pobladores de Agua Clara hablaban de que a Nicolás Hurtado le habían cortado los brazos y las manos los torturadores, pues la excavación arqueológica encontró los restos de Nicolás sin los brazos (2005).

Después de haber hechos estos comentarios sobre Venezuela queremos expresar que la obra *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina (1960-1980)*, compilada por Funari y Zarankin, constituye una contribución para comprender los aportes que pudieran hacer los arqueólogos y las arqueólogas para poner en evidencia la política genocida implementada por el las oligarquías locales, siguiendo las directrices del Departamento de Estado de los Estados Unidos de América para contener el avance del “comunismo” en Latinoamérica.

Bibliografía

- FONDEBRIDER, Luis. 2006. *Arqueología y Antropología forense*. En: *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina (1960-1980)*. Universidad Nacional de Catamarca y Encuentro Grupo Editor, Argentina.
- LINAREZ, Pedro Pablo. 1998. delfín González arias. El comandante Adrián Moncada. Colección La Guaroa, Fondo Editorial Río Cenizo, Alcaldía del Municipio Iribarren, Barquisimeto, estado Lara.
- LINAREZ, Pedro Pablo. 2005. “*La exhumación de los desaparecidos*”. En: *Desaparecidos*. Año 1, N° 2, Programa nacional para el res-

cate de los Desaparecidos, Cátedra de la Memoria de los años 60 y la Revolución Bolivariana, Universidad Bolivariana, Caracas.

LINAREZ, Pedro Pablo. 2005. “Reflexiones epistemológicas”. En: *Desaparecidos*. Año 1, Nº 2, Programa nacional para el rescate de los Desaparecidos, Cátedra de la Memoria de los años 60 y la Revolución Bolivariana, Universidad Bolivariana, Caracas.

